

El difícil cambio

E.
MIRET
MAGDA
LENA

HAY que desechar los optimismos. El cambio en España es difícil. Cuarenta años de asentamiento inmovilista en la Iglesia y en el Estado, junto con circunstancias propicias que han permitido satisfacciones materiales que antes no conocíamos, han producido la mole que ahora queremos mover y que se resiste a ello con la tenacidad de un grávido peso, que casi nos aplasta cuando queremos desplazarlo.

Esto pasó más todavía en la estructura civil de nuestra nación que en la Iglesia. Y que conste que no soy un alegre optimista respecto a nuestra institución eclesial. Pero las cosas han adelantado un poco más de prisa en esta última que en el campo estructural de nuestra ciudad terrena.

El cardenal Tarancón decía, poco después de morir Franco, que "la juventud ha perdido la confianza en las estructuras y en los métodos vigentes". Y no sólo la juventud, sino una gran parte del país, que yo considero mayoritaria.

Hasta ahora, el desarrollo económico "había mantenido la ilusión en muchos durante estos últimos años". ¿Por qué? Porque "consideraban que era indefinido". Pero nuestro cardenal —igual que todos los ciudadanos— notan que "empieza a resquebrajarse".

La inquietud y la contestación política por un lado; y, por otro, el atractivo material hacia la sociedad de consumo occidental, son dos estímulos —a veces contradictorios— que han hecho que muchos españoles de distintas tendencias anhelan el cambio.

Lo malo es que, respecto a la crítica de nuestras estructuras políticas, la juventud —por boca de Tarancón—, aunque desea "romper los lazos que la atan al presente, no acierta a bosquejar un futuro". Y, en lo económico y social, hacia cualquier país de la Europa del Oeste que echemos la mirada, apreciaremos problemas enconados y de difícil solución que afectan a la estructura económico-social, y que en vez de decrecer, aumentan.

España necesita una mirada inteligente a estos hechos y una decidida voluntad de aplicar esta misma inteligencia a su solución, no sólo en el momento presente, sino a largo plazo. Para ello, lo primero que hay que comprender es lo que decía Arellza, poco antes de ser ministro de Asuntos Exteriores: "La España de 1975 en adelante no puede gobernarse con formas y métodos autoritarios y dictatoriales". Todos necesitamos colaborar a la solución de nuestros problemas. El país necesita representatividad. Que

quien ejerza el poder sea elegido por el pueblo todo; que el poder que reside en el pueblo germinalmente, sea el pueblo quien lo transmita a quien considere más idóneo. Con sabiduría práctica, hace quince siglos, el Papa San León Magno dio este consejo: "Quien ha de presidir a todos, que sea elegido por todos". Así el aporte de cada uno podrá ser más enriquecedor de la solución elegida; y lo que realicemos tendrá el refrendo humano del deseo general de quienes han de obedecer.

El esquema de los anhelos políticos de nuestra sociedad, en su gran mayoría, está claro: libertad amplia para expresarse, para reunirse y para asociarse; justicia contra la corrupción que irrita al país crecientemente, y más lo irritaría si mejor conociera sus raíces y extensión; igualdad ciudadana entre hombres y mujeres, entre diversas situaciones sociales, y entre ideas y convicciones distintas; superación de agresividades y violencias, no sólo de un lado del país, sino de todos y muy preferentemente de quienes han tenido hasta ahora impunidad para irrogarse facultades que no poseen; desarrollo cultural, eficaz y abierto que promueva a todos sin exclusión de nadie; utilización democrática de los medios de comunicación social, sin exclusivismos; amnistía para las situaciones políticas personales, que son normales en cualquier país de los que ahora pasean nuestros dirigentes prometiendo verbalmente un desarrollo político liberal y democrático.

El país espera todavía; pero necesita hechos que le convengan y que no sean sólo esporádicos, sino constantes y estructurados para que resulten garantía real del cambio y no caer en la desesperanza.

Ya sabemos que hay dificultades —más de las que se creía—, pero hay que superarlas. Poco valdríamos los españoles si no intentáramos hacerlo ahora que se abren resquicios de posibilidad. Lo que no podemos es confiar solamente en la buena voluntad. Al gobernante hay que pedirle algo más: inteligencia y responsabilidad. La virtud de gobierno no es la buena intención, sino la "prudencia". No la prudencia de los términos medios y las dilaciones, que a ésa llamó San Pablo "prudencia de la carne", sino la de la eficacia inteligente, la que sabe poner los medios adecuados al fin propuesto y la que sabe elegir una buena meta. No la del que se conforma con ir tirando día a día, sino la del que hace honor a su capacidad racional, y escoge algo que le satisface plenamente, y por lo que estaría dispuesto a dar algo importante de su vida.

No nos basta ya —como en otros tiempos— la oración, se llame rezo, pasividad o simple divagación verbal. Es preciso la inteligencia y la voluntad para conseguir estructurar una convivencia eficaz, una sociedad para todos los que tengan este deseo. Los otros, los inmovilistas, los satisfechos, los aprovechados, los confortablemente asentados en su egoísmo privilegiado no han de tener derecho a frenar el cambio. Quien no quiere la libertad, que no la pueda usar para impedirle a los demás. Quien no quiere justicia, que no pueda influir para seguir disfrutando él solo.

Esta es la única "política de Dios", aquella de que hablaban nuestros teólogos del Siglo de Oro, que no apoyaban al privilegiado, sino que le amonestaban con valentía, propugnando una democracia popular y una propiedad social. Esta es la única política que —creyentes y no creyentes— pueden y deben defender. La única política en la que obispos y seglares, ateos y fieles, pueden y deben concordar. La sociedad española ya no cree que sea buena política consagrar España al Sagrado Corazón, aunque todavía algunos dirigentes políticos y eclesialísticos así lo crean.

Para conseguir todo esto, las ideas políticas preconcebidas me parece que van a servir de poco. Es preciso mucha imaginación creadora. La época de las rutinas y de los clichés hechos está pasando. Se necesita más espontaneidad, más iniciativa, más creatividad. Se precisa aquella "utopía realista" de los sociólogos Bloch y Horkheimer, que evita idealismos fantásticos que nunca llegan; pero que no se deja convencer tampoco por el pesimismo humano de los que desconfían alcanzar una sociedad hecha a la medida del hombre y de todos los hombres.

El cambio es difícil, pero posible. Y de nosotros depende el alcanzarlo, con nuestra tenacidad, esfuerzo e inteligencia. Merecen la pena todos los sacrificios inteligentemente llevados a cabo para conseguir esa meta. Lo mismo al hombre creyente que al que no lo es, porque en ello tenemos que poner nuestra esperanza humana, termina ésta aquí o en la otra vida, porque sin este esfuerzo no conseguiremos ni esta vida ni la otra. ■